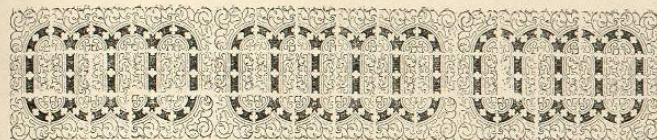


para ver á Jesús, y á Lázaro resucitado, y los príncipes de los sacerdotes, sabiendo que muchos creían en Jesús por causa del milagro de la resurrección de Lázaro, deliberaron sobre quitarle la vida. Ya entonces se creía que era necesario, no sólo matar á Jesús, sino también la Iglesia.



Lámina 83.—Virgenes cantando.  
Miniatura de Fra Benedetto, que se halla en un libro de coro del convento de San Marcos, en Florencia, y data del siglo XV.

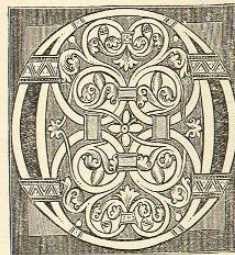


## VII

### LA EUCARISTÍA

Entrada en Jerusa'én, Maldición de la Higuera.—Último Día en el Templo.—La Pascua.

#### ENTRADA EN JERUSALÉN, MALDICIÓN DE LA HIGUERA



Inicial de un Flavió Josefo del siglo XII.  
Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

BLIGADO Jesús á permanecer en Bethania, por haber llegado á este punto la víspera del Sábado, pasó en él todo el día por respeto y observancia de la Ley, y al día siguiente, acompañado de sus discípulos, se puso en marcha para Jerusalén, y al llegar al pié del monte Olivete, envió delante dos discípulos para que fuesen á una aldea muy próxima, en donde verían una pollina con su asnillo, sobre el cual aún no había montado persona alguna, y les mandó que desatasen la madre y el hijo y les condujesen adonde Él estaba, advirtiéndoles que,



si alguno reclamaba de lo que hacían, le contestasen «*que el Señor tenía necesidad de esos dos animales.*» Efectivamente que á esta respuesta nada tuvieron que objetar después los dueños de dichos animales, los que fueron llevados delante del Señor por sus dos discípulos, como se les había mandado; y aparejada convenientemente la pollina, montó sobre ella Jesús, y así siguió el viaje á Jerusalén.

Cuando se tuvo noticia de su aproximación á esta ciudad, salió de ella una multitud inmensa de gente á recibirle, llevando ramos de palmas en sus manos y cantando : «*¡Hosanna! ¡Bendito sea el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor!*» Y las gentes tendían sus vestidos sobre el suelo por donde había de pasar, y cortando verdes ramos de los árboles, los arrojaban por el camino. Al bajar del monte Olivete los discípulos, formando muchos coros y llenos de alegría, no cesaban de alabar á Dios y de publicar los milagros que ellos habían visto, y al mismo tiempo decían : «*¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Paz y gloria en los cielos!*» La mayor parte del pueblo, colocado á la cabeza y al fin de esa procesión tan inmensa y tan solemne, repetía con extraordinario entusiasmo el cántico de Belén y proclamaba al Mesías, diciendo : «*¡Bendito sea el reino que llega, el reino de David, nuestro padre! ¡Hosanna y larga vida al Hijo de David!*»

Obligado Jesús á señalar y demostrar su soberana autoridad por un triunfo celebrado en la forma y solemnidad acostumbra-

das por la condición humana, no imitó á ésta ni la siguió más que en ese solo acto exterior, y procuró llenar con él fines contrarios y frutos diferentes á los que se proponen é intentan los príncipes y conquistadores de la tierra al entrar en su corte rodeados de gran séquito y fastuosa solemnidad. Jesús escogió semejante momento para significar su sacrificio por los hombres, porque precisamente el día que hizo su entrada en Jerusalén era el designado para introducir en la ciudad, adornados de piedras preciosas y de flores, los corderos que debían ser inmolados el día de la Pascua, que se celebraba cuatro días después. En todas esas circunstancias se iba cumpliendo lo que estaba escrito y anunciado, porque ya Juan Bautista, refiriéndose á Jesús, le había mostrado á sus discípulos, diciéndoles : «*Ved ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.*» Y el Salvador cumplió y realizó lo que significan esas palabras, que fueron las primeras que se dijeron acerca de Él desde que habitó en carne mortal, y al mismo tiempo cumplió y coronó de esplendente luz la memorable profecía que mucho tiempo antes había ya pronunciado Zacarías, diciendo : «*Alégrate, hija de Sión: hé aquí tu Rey, el Justo y el Salvador que viene á tí. Él es pobre, y está montado sobre una pollina y sobre el hijo de ella.*»

Una de las mayores gracias que Dios ha dispensado al hombre por Jesucristo es el arrobamiento y encantador embelleso de su inteligencia cuando contempla de una mirada el cuidado y ternura con que Jesús ha querido darse á conocer al



mundo, acomodándose á todas las condiciones y tomando todas las figuras, á fin de confirmar más la fe y la majestad que sin cesar resplandece en las humillaciones á que voluntariamente se sujetó el Hijo de Dios. La entrada de Jesús en Jerusalén seguramente que, aunque llena de solemnidad, no corresponde apenas á las grandes ideas que podemos formarnos de un rey y de un Dios; pero conviene tener en cuenta que Aquel que envió delante de sí dos heraldos tan insignes como Zacarías y Juan Bautista, sin contar otros muchos Profetas, podía muy bien dispensarse de añadir á la solemnidad de su entrada pompas y ceremonias que le hubiesen rodeado del esplendor temporal de Herodes ó de César.

Jesús, que vivía de limosna y que recorría á pié toda la Judea y se gozaba en buscar los humildes, habla, sin embargo, como señor de los hombres y como dueño soberano de todas las cosas; llama al que le parece, entra adonde le agrada, toma los panes y peces al que los posee para multiplicarlos, saca del mar la moneda de plata para pagar el tributo, dice á Zaqueo que quiere hospedarse en su casa, como si le perteneciera, y Él, en fin, deja vacías las manos del publicano como llena las redes de los pescadores. En el mismo momento en que verifica su entrada en Jerusalén da otro testimonio de la soberanía y dominio universal que de derecho le pertenece; y en virtud de él manda á dos discípulos que desaten la pollina y su hijo, que se los lleven á Él para su servicio, y que si el dueño de esos dos anima-

les se opone á darlos, le contesten que Él necesita de ellos, expresándose así y confirmando más claramente su soberanía.

En los designios de su infinita sabiduría, esos dos animales tienen profunda significación, y también hay una evidente profecía cumplida en la acción, al parecer tan sencilla, de mandarlos llevar donde Él estaba y de montar en ellos. En la Santa Escritura, la bestia de carga representa algunas veces al mismo hombre en el estado de degradación en que cayó y en el que Jesús le encontró á su venida al mundo. El profeta David declara que, habiendo el hombre despreciado su dignidad y habiéndose entregado á la libertad y excesos de sus sentidos, se rebajó hasta la condición de los brutos, y en ese triste estado se hallaba el género humano. En los dos animales de que nos habla el Evangelio, y de los cuales se sirvió Jesús, están representados los dos pueblos que hay y son distintos en el orden religioso, cuales son el judío y el gentil. La pollina es la figura del primero, sujeta al yugo durísimo y material de la Ley, y el hijo de la pollina representa el segundo, apegado á una degradante idolatría. Jesús dice del hijo de la pollina que es una bestia sobre la cual aún no había montado nadie; y con fundada razón es por eso figura del gentilismo, porque éste era enteramente extraño á la ley de Moisés, y no tenía ni religión ni sacerdocio verdadero, estando reservado á Jesucristo el poder de someter esa bestia indócil y el introducirla en la Jerusalén celeste; y el haber allí madre é hijo es para significar que, relativamente á



Dios y al orden sobrenatural restablecido por la Redención, la Judea es la madre de las naciones.

Ambos pueblos, por más que ellos se reputasen libres, en realidad estaban esclavos, los judíos por su falsa justicia, y los gentiles por su falsa y absurda ciencia; esclavos en el interior por las cadenas de la hipocresía y de la impostura, y esclavos en el exterior y fluctuando entre dos caminos, cuales eran la primitiva tradición y la ley de Moisés, sin poder seguir ninguno, á pesar de ser ambos conducentes á la salud, porque á los gentiles les faltaba el guía, la fe, el sustento, la esperanza, y se hallaban oprimidos por el peso de las nuevas supersticiones y de nuevos vicios que el demonio procuraba persuadirles é imponerles, y á los judíos les faltaba la puerta, que era Jesucristo, y no quisieron entrar por ella, sino que la despreciaron y ultrajaron.

Para desatar y libertar esos dos pueblos fueron enviados dos discípulos del Señor, porque, aunque uno solo hubiera sido suficiente, no obstante, convenía conservar los dos rangos del Apostolado, en el cual había Apóstoles que habían de ser enviados especialmente á predicar á los judíos, y otros especialmente á los gentiles.

Los dueños de los dos animales ya mencionados interpelaron á los discípulos, que desataron éstos para llevárselos, sobre el derecho con que hacían eso y obraban de esa manera, y no dieron más razón que decirles que el Señor necesitaba de ellos.

Del mismo modo la Sinagoga y el César y muchos de los poderes públicos disputarán á la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo, el derecho que tiene á los medios de subsistencia y á la protección, respeto y obediencia para llenar su divina misión en el mundo; y así como los discípulos contestaron que tomaban los dos animales porque el Señor necesitaba de ellos, esa misma respuesta será siempre la concluyente para manifestar y enseñar á los hombres y á los gobernantes que Jesucristo, y, por lo tanto, la Iglesia fundada por Él, y obrando con la divina autoridad y facultades de que la enriqueció, toma lo que tiene derecho á tomar de las cosas temporales, porque son del dominio de Dios y á Dios le pertenecen, y así los individuos como las sociedades tienen el deber y la sagrada obligación de dárselas.

Además, los Apóstoles y ministros de Dios son también los enviados legítimos y con misión divina para desligar y desatar las almas que son esclavas del pecado, y éstas están en el deber de escuchar la voz de los enviados de Dios y de convertirse á Él, porque son suyas y porque quiere que se aprovechen del fruto de la Redención. Los ministros del Evangelio, llenando los altos fines de su cargo, han salido por todos los puntos de la tierra rompiendo las cadenas con que el espíritu del mal tenía oprimidas á las almas; y por llenar esa misión de celo y caridad han sufrido persecuciones, tormentos y la muerte misma, siendo todos los templos que se han levantado para gloria del Altísimo



otros tantos relicarios en donde reposan los restos de esos esclarecidos héroes que han ganado y devuelto á Dios lo que á Dios pertenecía, y que han triunfado de la obstinación del judaísmo, del orgullo del paganismo y de todo el universo, sometido ya á la influencia de la cruz del Salvador.

Cuando Jesús entraba en Jerusalén estaban presentes los fariseos, y aquel espectáculo tan conmovedor podía probarles, como nos lo prueba á nosotros, todo lo que el Señor hubiera podido hacer del pueblo de Jerusalén y de toda la Judea, si hubiera querido; pero ellos no veían más que lo que Jesús no hacía y las faltas que ellos le atribuían; y se confirmaron cada vez más en que no les resistiría cuando ejecutasen con Él sus perversos designios, á lo cual estaban ya decididos viendo que sus calumnias y amenazas eran inútiles, y que, á pesar de ellas, el pueblo entero seguía al Mesías. Sin embargo, en aquellos momentos de su entrada tan solemne y de un recibimiento tan entusiasta por parte del pueblo, no podían los fariseos prender á Jesús, aún cuando fuera evidente la mansedumbre y dulzura de su carácter, y se contentaron con decirle que mandase callar á sus discípulos y á los que le seguían cantando el *Hosanna*. Jesús les contestó que, si ellos se callaban, gritarían las piedras.

No ignoraba el Salvador lo poco que podía confiarse de las demostraciones de júbilo de un gentío tan numeroso, ni el fin á que vendrían á parar, y conocía perfectamente que entre la multitud había muchos, y aún entre los mismos que poco antes



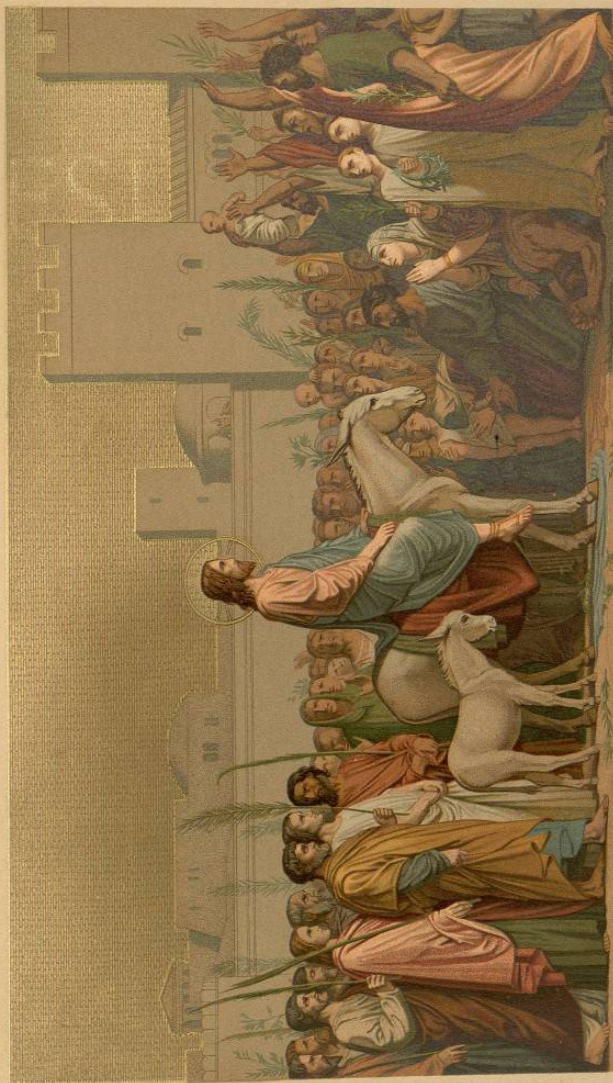
ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALEM EL DIA DE RAMOS  
Fresco de H. Flandrin en la Iglesia de San Germain de los Prêtres, en París. Siglo XIX.



otros tantos relicarios en donde reposan los restos de esos esclarecidos héroes que han ganado y devuelto á Dios lo que á Dios pertenecía, y que han triunfado de la obstinación del judaísmo, del orgullo del paganismo y de todo el universo, sometido ya á la influencia de la cruz del Salvador.

Cuando Jesús entraba en Jerusalén estaban presentes los fariseos, y aquel espectáculo tan conmovedor podía probarles, como nos lo prueba á nosotros, todo lo que el Señor hubiera podido hacer del pueblo de Jerusalén y de toda la Judea, si hubiera querido; pero ellos no veían más que lo que Jesús no hacía y las faltas que ellos le atribuían; y se confirmaron cada vez más en que no les resistiría cuando ejecutasen con Él sus perversos designios, á lo cual estaban ya decididos viendo que sus calumnias y amenazas eran inútiles, y que, á pesar de ellas, el pueblo entero seguía al Mesías. Sin embargo, en aquellos momentos de su entrada tan solemne y de un recibimiento tan entusiasta por parte del pueblo, no podían los fariseos prender á Jesús, aun cuando fuera evidente la mansedumbre y dulzura de su carácter, y se contentaron con decirle que mandase callar á sus discípulos y á los que le seguían cantando el *Hosanna*. Jesús les contestó que, si ellos se callaban, gritarían las piedras.

No ignoraba el Salvador lo poco que podía confiarse de las demostraciones de júbilo de un gentio tan numeroso, ni el fin á que vendrían á parar, y conocía perfectamente que entre la multitud había muchos, y aun entre los mismos que poco antes



Iny. Filadelfia.

Lith. H. F. S. G. L.

ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALEM EL DIA DE RAMOS  
Fresco de H. Flándrin en la Iglesia de San Germain de los Prados, en París. Siglo XIX.



habían deseado largos años de vida al Hijo de David, que después de cinco días serían los primeros en gritar : « ¡Crucifícale! » El sagrado texto dice que al ver Jesús la ciudad de Jerusalén lloró, con lo que se declara la aflicción que causaría á su amante corazón la ingratitud y horrible crimen de que ella se haría responsable en aquella misma semana, y considera que, habiendo sido antes una población tan floreciente, por su grave culpa vendría á ser un sepulcro más cerrado todavía que el de Lázaro. Jamás se oyó un lamento más tierno que este, que salió del pecho de Jesús : « ¡Si al ménos conocieses (Jerusalén) en este día de gracia lo que puede asegurarte la paz! ¡Pero por ahora están ocultas para ti estas cosas, y día llegará en que tus enemigos te cercarán y oprimirán por todas partes, y echarán por tierra á ti y á tus hijos, te destruirán enteramente y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has sabido conocer la hora de tu salvación! »

Jesús subió y entró en el Templo, y después de haber considerado todo lo que en él había, á la manera que un dueño y señor inspecciona su propia casa, se volvió á Bethania, en donde pasó toda la noche; y el siguiente día tuvo lugar un extraño acontecimiento, poco importante en apariencia, pero que realmente encerraba una gran significación. Volvía otra vez Jesús de Bethania á Jerusalén y sintió hambre, por lo cual se acercó á una higuera que había en el camino para ver si tenía algún fruto, no habiendo encontrado en ella más que hojas, porque



no era entonces la época en que se dan los higos. Sin embargo de eso, Jesús dijo á la higuera *«que jamás produjese fruto alguno.»* Apenas fueron pronunciadas esas palabras, que los discípulos oyeron, la higuera se secó hasta las raíces, en lo que al pronto no se fijaron los discípulos; pero al día siguiente, que volvieron á pasar por allí, se llenaron de asombro al verla en semejante estado; y Pedro, acordándose de lo que había sucedido el día antes por la tarde, dijo á Jesús: *«Maestro, mirad cómo la higuera á la cual habéis echado ayer la maldición está enteramente seca.»*

La maldición se pronunció por la mañana antes de comer; y el hambre que sintió Jesús no era natural, sino solamente para dar pruebas de su humanidad; y si sintió esa necesidad en momentos en que todavía no era la estación propia para los higos, ¿cómo se comprende que Jesús buscara éstos, sabiendo que no era tiempo de que los hubiera, y, por consiguiente, que no había de encontrarlos? Ni ¿por qué ó con qué razón pudo maldecir la higuera por no tener fruto en una estación en que nunca le tiene semejante árbol? Se explica, por lo tanto, y es fundado el asombro que tuvieron los discípulos; y Pedro, que fué el primero en observar el milagro, hace una manifestación que exige explicación de lo sucedido. Mas, á pesar de todo eso, sin explicar el misterio, Jesús se limita á enseñar á los Apóstoles que había hecho el mencionado milagro para darles la gracia de la fe, pues quería precaverles y prepararles contra las amenazas y

el terror que les haría la Sinagoga, de quien la higuera era una figura, y hacerles también comprender, por este nuevo y evidente testimonio de su soberano poder, que todo lo que dentro de pocos días había de suceder tendría lugar porque Él voluntariamente lo permitía. Además, dice San Hilario, convenía que Jesús hiciese resplandecer el terrible poder de su justicia, al mismo tiempo que nosotros vemos y conocemos cuál es su bondad infinita, porque hasta entonces, dándose Dios á conocer por su misericordia, había dejado pruebas palpables de ésta en la curación de los cuerpos humanos, poniendo fin á las dolencias y sufrimientos temporales de esta vida para anunciar la salvación de las almas; pero debiendo dar también un testimonio de su justicia y severidad hacia los contumaces y rebeldes, no castiga ni aflige al hombre, sino que ejerce su venganza sobre una higuera dejándola seca, consiguiendo de esa manera, no sólo enseñarnos que todas las cosas le pertenecen, y que, por lo tanto, puede servirse de ellas como le plazca para sus providenciales fines, sino también el hacer más notorio y evidente el milagro, puesto que con una sola palabra queda al momento seca la savia de un árbol tan feraz y abundante en frutos.

El mismo día arrojó Jesús por segunda vez del Templo á los que le profanaban traficando en él; y como los príncipes de los sacerdotes y los escribas eran los que consentían ese tráfico sacrilego, porque sacaban grande utilidad de él, aumentaron su cólera y aborrecimiento contra Jesús, aunque no se atrevían



aún á ejecutar atentado alguno contra Él, por causa de la admiración en que el pueblo le tenía por su doctrina y por los muchos enfermos y necesitados que diariamente venían á buscarle para que los curase y para que los socorriera en sus necesidades. Hasta los mismos niños, repitiendo lo que oían, gritaban en el Templo, diciendo : « ¡Hosanna al Hijo de David! » Y uno de los fariseos, al ver así á la infancia, dijo á Jesús : « ¿Lo oyes tú? » Jesús respondió que lo oía, y que en eso se cumplía lo que estaba anunciado por un profeta : « De los labios de los niños sacará Él la perfección de sus alabanzas. »

#### EL ÚLTIMO DÍA EN EL TEMPLO

Al día siguiente de haber arrojado del Templo á los que le profanaban, volvió Jesús á él; y estando enseñando, como lo tenía por costumbre, dijo á sus discípulos : « Es llegada la hora en que el Hijo del Hombre debe ser glorificado. » Esa hora era la de su muerte, como lo declaró, añadiendo : « En verdad os digo que si el grano de trigo, cuando cae sobre la tierra, no muere, entonces se queda solo y estéril; pero si muere, entonces produce mucho y se multiplica. » Sin embargo de eso, al aproximarse la hora de la muerte, permitió el Hijo de Dios que la naturaleza humana sintiera los efectos de su flaqueza y condición; y en virtud de esa permisión sintió una especie de agonía anticipada, durante la cual, suspirando, decía : « Mi alma

está ahora turbada; pero ¿qué diré yo? Diré : Padre mío, libradme de aquella hora. Mas es precisamente para esa hora por lo que yo he venido. ¡Padre mío, glorifica tu nombre! » Entonces se oyó una voz del cielo, parecida al ruido de un trueno, que decía : « Yo le he glorificado y le glorificaré todavía más. » Y al oír esta voz dijeron muchos de los que allí había que el ruido que se sentía era el de un ángel que le hablaba, á lo que contestó Jesús : « No ha sido por mí, sino por vosotros, la voz que se acaba de oír. Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera; y cuando yo sea exaltado sobre la tierra, atraeré á mí todas las cosas. »

Una voz que salió de entre la multitud de gente que allí había reunida, y que oyó Jesús, dijo : « Nosotros sabemos que el Cristo debe permanecer eternamente; y, por tanto, ¿cómo dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea elevado en alto? ¿Quién es ese Hijo del Hombre? » El Cristo eterno estaba delante de aquellas gentes, lo habían visto, en cierto modo, pocas horas antes, pero querían su reino y no su cruz; querían su gloria, predicha por los Profetas, pero no sus padecimientos, aunque habían sido igualmente anunciados. El Salvador, que frecuentemente les había ya dado instrucciones sobre este punto, no contestó más que con algunas palabras, más propias para sostener en la fe á sus discípulos que para reprimir su incredulidad. « Vosotros tenéis, les dijo, la luz por un poco de tiempo. Caminad mientras tengáis luz, no sea que venga la noche á